

## Notas sobre el pensamiento y la visión (Fragmentos)

H.D.

Selección y traducción: Tedi López Mills

Tres estados o manifestaciones de la vida: el cuerpo, la mente, la supra-mente.

La finalidad de los hombres y las mujeres más altamente desarrollados es el equilibrio, el balance, el crecimiento de los tres a un mismo tiempo: la mente sin fuerza física es una manifestación de debilidad, una enfermedad comparable a un crecimiento canceroso o a un tumor; el cuerpo sin una cantidad razonable de intelecto es un bulto de glándulas vacío y fibroso, tan feo y tan poco deseable como el cuerpo de una víctima de algún tipo de elefantiasis o de una degeneración grasosa; la supra-mente, sin el equilibrio de los otros dos, es locura, y una persona que se desarrolla así merece el mismo respeto, y no más, que un demente razonable.

\*

Esa supra-mente es como un gorro, como agua, transparente, fluida pero con un cuerpo definido, contenido en un espacio definido. Es como una planta de mar cerrada, como una medusa o una anémona.

Dentro de esa supra-mente los pensamientos pasan y son visibles como peces que nadan en agua clara.

\*

Podemos entrar en el mundo consciente de la supra-mente de manera directa, a través del uso del cerebro de nuestra supra-mente. Podemos entrar en él de manera indirecta, de varias formas. Cada persona debe encontrar su propia manera.

Ciertas palabras y versos de los coros áticos, cualquier fragmento de los dibujos de Da Vinci, el auriga délfico, ejercen sobre

mí un efecto hipnótico. Son entradas rectas y claras hacia mí, hacia el mundo consciente de la supra-mente. Pero mi ruta de aproximación, mis pilares de guía, no son los pilares de guía de ustedes.

\*

El auriga délfico ejerce sobre mí, como he dicho, un efecto casi hipnótico: el doblar de su brazo, el mentón cortado con escalpelo; sus pies, más bien planos, ligeramente separados, un firme pedestal para él solo; la caída del ropaje, en precisión geométrica, y los ángulos de los pliegues del ropaje en la cintura.

Nada de esto fue "inspiración"; fue la pura labor intensa de la inteligencia.

Esta figura fue creada por una fórmula a la que se llegó consciente o inconscientemente.

Si tuviéramos el tipo adecuado de inteligencia, recibiríamos un mensaje claro de esa figura, como puntos y líneas registrados en una estación receptora, recibidos y traducidos a un pensamiento claro en otro centro telegráfico.

No hay ningún problema con el arte. Hay ya suficiente belleza en el mundo del arte, suficiente en los fragmentos y en el auriga de Delfos, casi perfectamente conservado, para rehacer por sí solos el mundo.

No hay ningún problema con el arte, lo que queremos es gente que lo aprecie. Queremos que hombres y mujeres jóvenes se comuniquen con el auriga y sus semejantes.

Queremos centros receptores para los puntos y los guiones.

\*

Se cuenta que Da Vinci se volvía loco si veía el rostro de un niño en Florencia o un pájaro enjaulado o una criatura cuyo pelo rubio cayera o se levantara en rizados ceñidos como el trabajo de orfebrería que había aprendido con Verrochio. Da Vinci enloquecía porque aquellas líneas del lomo del pájaro o del hombro del niño o del pelo de la criatura obraban sobre él directamente, como las líneas de una estatua, resueltas como en el auriga, obrarían sobre nosotros si tuviéramos el tipo adecuado de mente receptora.

\*

Es cierto que, en el año 361 d. C., el Galileo triunfó en Delfos. Eso se debió a que el espíritu helénico había perdido por completo el secreto de los puntos y los guiones. La fuerza eléctrica de las líneas y de los ángulos del cuerpo sacerdotal del auriga aún emitían su mensaje, pero no había nadie ahí para recibir este mensaje.

El Galileo triunfó porque fue un gran artista, como Da Vinci.

Una canasta de pescador, volcada sobre la arena, o una vela en un candelero o una moneda romana con la cabeza de un rey labrada no sin belleza, podían excitarlo y provocarle ideas, como el pájaro o el rostro del niño o el pelo rubio de la criatura le provocaban ideas a Da Vinci.

\*

El Galileo se enamoraba de las cosas tanto como de la gente. Se enamoró de una gaviota o de alguna garza de lago que se lanzó hacia arriba desde el pasto áspero del lago, cuando Pedro saltó para arrastrar su gran barca hacia la costa, o de los pajaritos feos con lomos moteados que los judíos pobres compraban en el mercado. Entonces, miraba a Pedro con su gran cabeza arcaica y al joven Judas con sus ojos intensos, y exclamaba repentinamente: "Ah, pero sus rostros, sus rostros son más bellos, están más cargados de ideas, de líneas sugerentes que me ponen en contacto con el mundo del pensamiento de la supra-mente, que muchos, muchos gorriones."

\*

Durante horas y horas miraba el lirio azul de la pradera y el lirio rojo-pardo de la arena que crecía bajo el refugio de los médanos calientes en el invierno sureño. Si cerraba los ojos, veía cada vena y peca azul o bermeja. Inhalaba la fragancia junto con el viento y la sal. Descansaba durante días en las riberas de los lagos del mar.

Luego, en la ciudad, habría alguna tragedia y ordenaría a los amigos y a los familiares sollozantes que se alejaran. Se enojaría, al mirar la cara de la niña, porque estaba rodeada de tanta fealdad. La miraría un largo rato a causa de la belleza de la nariz pe-

queña y recta y los párpados, el pelo aferrado como algas al cráneo pequeño y fino, las manos tan blancas. Le hubiera gustado seguir mirándola durante horas, como al lirio azul de la pradera. Pero temía que ellos irrumpieran de nuevo, repentinamente, con sus ropas negras y pesadas y sus voces feas. Así que dijo: "Hija, levántate."

\*

El primer paso en los misterios de Eleusis tenía que ver con el sexo. Se colocaban imágenes en un cuarto grande, mármoles de colores y alfarería café, pintada de rojo y bermellón, y objetos o imágenes de barro coloreados. Los candidatos para acceder a los misterios serían conducidos por el cuarto por un sacerdote o lo atravesarían al azar, como la multitud atraviesa los salones pornográficos del museo en Nápoles.

Sería fácil juzgarlos por su actitud, ya fuera ésta de un vulgar gozo animal o de una indiferencia hipócrita.

La multitud que llegara al segundo cuarto sería diferente, más sensible, más exigente. Correspondería a algunos de nuestros tipos intelectuales de hoy en día. Se interesaría porque el asunto era interesarse —también mostrar su propia superioridad.

Aquel que atravesara indemne la etapa meramente animal y la etapa intelectual, se quedaría solo en un cuarto pequeño para efectuar su comprobación.

\*

Uno debe entender una sabiduría inferior antes de entender una superior. Uno debe entender a Eurípides antes de entender a Aristófanes. Sin embargo, para entender el estiércol química y espiritualmente y con el sentido de la tierra, uno debe entender primero la textura, espiritual y química y terrosa, de la rosa que crece ahí.

Eurípides es una rosa blanca, lírica, femenina, un espíritu. Aristófanes es un sátiro.

¿Es acaso el sátiro más o menos grandioso que la rosa blanca que envuelve? ¿Es la tierra más o menos grandiosa que la rosa blanca que engendra? ¿Es el estiércol más o menos grandioso que la rosa?

\*

Zeus Endendro —Dios en un árbol; Dionisio Antio, Dios en una flor; Zeus Melio, Dios en la tierra negra, muerte, caos, desintegración; Dionisio Zagreo, la flor desgarrada, rota por el proceso químico de la muerte, vena, hoja, textura —superficie blanca y luminosa de lirio, con venas negras— carne blanca de lirio amoratada, marchita. “Yo, Lais, coloco mi espejo aquí a vuestros pies, oh, Pafian —recuerdo y no me atrevo a recordar. ¿Hay acaso un misterio más allá de vuestros brazos blancos, oh, Afrogenia? ¿Hay acaso belleza mayor que la rama blanca del peral que se quebró tan blanca contra un cielo negro y tormentoso de abril que hasta el mismo Zeus despertó de su sagrada meditación, mientras desde las cordilleras del Olimpo contemplaba la dehesa ática de abajo? Contempló hacia abajo y te vio a ti, oh, rama blanca. Estaba enojado, pues lucías más blanca junto al cielo que la pasión de su lanza. Por eso mandó un rayo para destrozarte, oh, árbol. Desde entonces ningún hombre puede pronunciar vuestro nombre, oh, Diosa. Pero nosotros sabemos que hay un misterio mayor que la belleza y es la muerte.”

\*

El calor, la peste de las cosas, el hastío inefable de todo, Meleagro de Gadara, qué destino; un padre judío, una madre griega. ¿Qué dios de los hebreos, qué demonio de las islas había presidido su engendramiento de mal agüero? Heliadora, Zenófila, ¿qué eran sino sólo nombres? Prostitutas griegas —herradas tanto por comerciantes sirios como por mercaderes judíos. La peste —el polvo, Meleagro de Gadara— qué destino.

Nada de viento y el mar que se extiende como el pergamino muerto rasgado por las insignias del diablo —el manuscrito hebreo que moriría por olvidar— la lengua que moriría por olvidar— pero al morir olvidaría aquella otra —oro— luz de oro —palabras, potentes, cada una un encanto que conducía a un mundo donde había flores frías.

Heliadora, Zenófila: no eran hetairas áticas.

¿Flores?

Las rosas que había tocado esa mañana —el niño en el desembarcadero— al descender de un barco, mojado por el mar que rodeaba a las islas. Pero los rizos mojados del niño olían a pez salado y sus rosas ya estaban rancias —podridas— y había sumergido sus tallos veteados en mirra barata para despojar a las Heliodoras de este mundo de sus escasos [...]

Dioses, muertos igualmente, de griegos y hebreos. ¿Qué diablo había enviado a un cerdo, a un puerco para que plantara sus dos patas en el umbral de su puerta y mirara hacia adentro? Voces y gritos. Nunca encontraría paz ese día para la rama dorada del divino Plate que siempre brillaba con su propia luz.

Un puerco en el umbral de su puerta.

Vivir con la mente de un poeta en un barrio de Gadara. Meleagro —¿qué demonio de la isla estuvo presente en tu engendramiento de mal agüero?

Vivir con la mente de un poeta en un barrio de Gadara o vivir con judíos principescos, amigo de su padre —un mercader respetado— su padre otra vez —en los palacios de príncipes sirios.

No hubo alternativa —sino un puerco en el umbral de la puerta.

¡Fuera de aquí, puerco! ¿Acaso debo sacrificar el manuscrito del dorado Plate para lanzárselo a ese puerco?

A final de cuentas, ¿podría dársele un mejor uso al manuscrito del pomposo, altisonante, dorado Plate?

No hace caso del manuscrito, salvo para voltearlo con su hocico. ¿Qué diablo lo posee?

Bueno, he aquí entonces mi pie gadareno.

Un rebaño en la calle.

Más allá del polvo asfixiante, alguien está gritando. Una voz, más portentosa que el manuscrito del dorado Plate. Hablando en griego además.

“Entrad pues en el mar.”

Loado sea cada dios de griego o de hebreo por haberse ido.

Una horda de los vándalos usuales del barrio —y un hombre joven que se está riendo.

\*

Un forastero principesco y su padre, también judío. Qué manos tan frescas al partir.

Más allá de las Zenófilas de este mundo hay otra Zenófila, más allá de las Heliodoras, otra Heliadora, más allá de las rosas húmedas, calientes y marchitas, otras rosas.

Un forastero principesco y un poeta.

Yo deseaba darle algún regalo, pues su frente era más noble (aunque su padre no fue griego) que la del Hermes Cileno.

Liaría narciso con narciso. Trenzaría la violeta roja con la violeta blanca. Quebraría una rosa por ti, más roja que la artanica color vino. Liaría el tallo del azafrán con el tallo del jacinto salvaje, para que lucieran todos menos hermosos alrededor de tu frente, Hermes Cileno.

\*

Era *de rigueur* que un dios del Olimpo no se le apareciera en forma directa a un mortal. Por eso, Selene, que hizo esa petición, quedó reducida a cenizas.

Pero tenemos muchos relatos de náyades, espíritus de árboles y de ríos, espíritus del mar y voces del mar, de centauros, y de sus relaciones amistosas con mortales.

También sabemos que Pan se les aparecía a aquellos que padecían dolor o tenían problemas, no sólo en sueños sino “visiblemente, al mediodía”.

Pan apareció en Maratón ante todos los griegos. Y yo sé de algunos testigos actuales que han tenido una visión de este dios.

\*

Afuera hay un gran viñedo y uvas y disturbios y locura y peligros.

Es muy peligroso.

Una enorme mariposa nocturna se despegó de un racimo de uvas amarillas —parecía estar embotada por el calor del sol— pesada de sol y su panza suave hinchada por la miel de las uvas, diría yo, pues había una gota de oro —resinosa— que enmarañaba las plumas de su garganta.

Más que volar, cayó, y sus grandes pies arañaron con un ligero tintineo metálico el costado de mi taza dorada.

Se tambaleó, torpe, y se enderezó, se aferró al borde de mi taza y agitó sus antenas con debilidad.

La habría rescatado, pero yo también estaba mareada por el calor y los vapores del vino dorado y escuché una gran risa mientras trataba de sujetar mi taza y respondí con un grito, ella está borracha —ella está borracha.

Así que estaba borracha.

Afuera hay un gran viñedo y disturbios y locura y peligros.

\*

Lo-Fú estaba sentado en su huerto en la dinastía Ming, 184 d. C. Estaba sentado en su huerto y miraba a su alrededor de manera vaga, casual. Contra las piedras grises del muro del huerto vio la rama de un manzano recargada hacia abajo. Pensó, ese retoño debió haberse podado, cuelga demasiado bajo. Luego, al ver el retoño joven, recto y firme, pensó, no, las manzanas son excelentes, tan redondas y duras. Luego siguió mirando.

Era un retoño con varios años de crecimiento. ¿Por qué se había dejado sin podar? ¿Se trataba de algún experimento especial de injerto que había emprendido hace algunos años el viejo jardinero? ¿Era un accidente que la rama colgara ahí? Luego su espíritu consciente dejó de dudar y, como era artista, su intensidad y su concentración eran de un rango especial, y miró esa rama de fruta colgando en el sol, las esferas de las manzanas rojas, amarillas, rojas con lunares cafés y rojos, amarillas donde se fundían los dos colores, y lunares cafés nuevamente en el amarillo, y verdes donde la superficie redonda se doblaba hacia el tallo. Miró el tallo, empujado hacia abajo, casi perdido en el hueco verde. Miró el tallo sujetado a la ramita firme de arriba. Miró la corteza verde y café del tallo y la comparó con la corteza más oscura y fuerte de la rama. Examinó las aristas y las líneas negras diminutas que conformaban la superficie individual de esa ramita. Fue más lejos. Había dos hojas, continentes que debían explorarse pausadamente a fin de que su espíritu al pasar por una de ellas con descuido, de vena en vena, no dejara de percibir una nervadura o la ramita de algún retoño nuevo de ese esqueleto exquisito. Y una vez que conoció el esqueleto de esa hoja, los ríos que, por así decirlo, surcaban ese continente, su espíritu quedó satisfecho. Pero su búsqueda apenas había empezado. Entre cada río yacía un hermoso prado verde —muchos, muchos prados pequeños y cada uno con



su propia individualidad, cada uno con algún rasgo definido que lo colocaba aparte de todas las otras parcelitas.

\*

He tratado de contar de manera resumida y con la menor cantidad posible de detalles cómo Lo-Fú miraba esa rama. Realmente sí la miró. Realmente sí la vio. Luego entró y, en su pequeño cuarto fresco y alejado del sol, cerró los ojos. Vio esa rama pero más claramente, más vívidamente que nunca. Esa rama era ahora su amante, su amor. Mientras la veía en el huerto, observaba a esa amante, por así decirlo, en medio de una multitud, a distancia. No podía tocar a su amante con todo el mundo en torno a ella. Aquí, en su pequeño cuarto, el mundo había dejado de existir. Estaba aislado, había quedado afuera, olvidado. Su amor, su rama de manzano, su bella amante sutil, era de él. Y una vez que la poseyó con su alma grande y hambrienta, fue de él para siempre.

\*

Era de él, y aunque sabía que era sólo una, una entre mil mujeres, una entre mil y mil mujeres bellas, era de él, era suya. Y nunca se sintió celoso, aunque su belleza era tan evidente, pues nadie más podía poseerla. Sin embargo, a diferencia de otros amantes, deseaba que su amigo la amara también, o hiciera suya a otra rama, pues el huerto estaba lleno y más allá del huerto, de la montaña y los bosques de pinos, había mil hierbas y pastos íntimos y amistosos.

Lo-Fú era poeta. Para él esa rama de manzano, afuera en el huerto, existía como una aproximación a otra cosa. Así como puede decirse que el cuerpo de la amante de un hombre existe como un medio para aproximarse a otra cosa, es decir, como un medio o instrumento del sentimiento o de la felicidad, así la rama en el huerto existía para Lo-Fú como un medio para alcanzar la felicidad, como un medio para completarse él mismo, como un medio para aproximarse al éxtasis.

\*

El cuerpo de un hombre es un medio de aproximación, o puede usarse como un medio de aproximación al éxtasis. El cuerpo del hombre puede usarse para eso. La mejor escultura griega usaba los cuerpos de jóvenes atletas igual que Lo-Fú usó la rama del árbol frutal. Las líneas del cuerpo humano pueden usarse como un medio para aproximarse a la supra-mente o a la mente universal.

Las líneas del cuerpo humano y las líneas del árbol frutal son como el cuerpo del auriga délfico del que hablé hace algún tiempo. El árbol frutal y el cuerpo humano son ambas estaciones receptoras, capaces de almacenar energía, energía del supra-mundo. Esa energía siempre está ahí, pero sólo puede transmitirse a otro cuerpo o a otra mente que esté en armonía con ella, o que esté en la misma sintonía.

El cuerpo del niño griego que usó Policleto para su Diademenos era tan impersonal como un árbol. Usó el cuerpo en vez de un árbol. El cuerpo del niño, claro, era capaz de pasiones humanas, pero la aproximación de Policleto a ese cuerpo no fue a través de las pasiones humanas.

Pero, claro, estaba enamorado de él, así como Lo-Fú estaba enamorado de la rama de manzano y Leonardo del rostro del niño o el Galileo del prado de lirios.

\*

Pero el cuerpo, supongo, como un trozo de carbón, cumple con su función más elevada cuando es consumido.

Cuando el carbón arde, emite calor.

El cuerpo consumido por el amor emite calor.

Llevado un poco más lejos, el carbón puede usarse para hacer gas, una esencia, una forma concentrada, etérea del carbón.

Lo mismo sucede con el cuerpo. Puede arder simplemente como calor o amor físico. Eso puede ser bueno. Pero también es interesante entender el proceso mediante el cual el calor del cuerpo físico se transmuta en esa otra forma diferente, concentrada, etérea, que en lenguaje común llamamos espíritu.

Todo es espíritu, pero espíritu en formas diferentes.

No podemos obtener el calor sin el trozo de carbón.

Quizá igualmente no podemos obtener el espíritu sin el cuer-

po, el cuerpo de la naturaleza, o el cuerpo individual de hombres y mujeres.

\*

Imagino que a menudo se ha dicho que el cuerpo es como una ostra y el alma o el espíritu, una perla. Pero hoy vi yo misma que la medusa encima de mi cabeza se había concentrado. Vi que el estado mental que antes había simbolizado como una medusa podía muy bien simbolizarse de manera diferente. Es decir, toda la energía espiritual parecía estar concentrada en medio de mi frente, dentro de mi cráneo, y era pequeña y despedía una luz muy tenue, pero no dispersa, sino una luz concentrada en sí misma como lo estaría la luz de una perla. Así, entendí exactamente lo que quiso decir el Galileo con el reino del cielo, que era una perla de gran valor.

Entonces, en la misma relación, el cuerpo no era algo poco común o hermoso. El cuerpo parecía ser una forma de vida elemental, sin belleza y transitoria. Sin embargo, aquí nuevamente vi que el cuerpo tenía su propia utilidad. La ostra, de hecho, hace la perla. Así también el cuerpo, con todas sus emociones y miedos y dolor, forma el espíritu, una esencia concentrada, que no es él mismo, pero que él mismo, en un sentido, hace, crea.

Sé que esto ya se ha dicho antes, pero hablo por mí misma, a partir de mi experiencia personal.

Porque el espíritu, nos damos cuenta, es una semilla. Ningún hombre puede añadirle ni un centímetro a su estatura por medio del pensamiento, ningún iniciado puede obligar a su espíritu a crecer por medio de la fuerza y del poder de su intelecto.

No puede obligar a su espíritu a crecer, pero puede retrasar su crecimiento. Al menos así me lo parece a mí.

Puede retrasar su crecimiento al descuidar su cuerpo, porque el cuerpo del hombre, como el cuerpo de la naturaleza, es la tierra donde se forma la semilla o el espíritu.

Este es el misterio de Deméter, la Madre Tierra. El cuerpo del iniciado eleusino se había hecho uno con la tierra, así como su alma se había hecho una con las semillas encerradas en la tierra.

Ningún hombre puede hacer que el grano germine o que la bellota rompa su cascarón por medio del pensamiento. Ningún

hombre puede expandir su espíritu por medio del esfuerzo intelectual.

Pero todo hombre puede labrar el campo, puede desbrozar las hierbas alrededor de los tallos de las flores.

Todo hombre puede regar su propia parcela, puede esforzarse por acallar las tensiones agitadas de su cuerpo.

\*

Cristo y su padre o, como habría dicho el místico eleusino, su madre, eran uno.

Cristo era las uvas que colgaban en los muros asoleados de ese jardín en la montaña, Nazaret. Era el jacinto blanco de Esparta y el narciso de las islas. Era la concha de caracol y el pez púrpura arrojado por las mareas del lago. Era el cuerpo de la naturaleza, la viña, el Dionisio, así como era el alma de la naturaleza.

Era las gaviotas que gritaban en la bajamar y arrancaban los pequeños cangrejos entre las hierbas enmarañadas.

Islas Scilly  
Julio de 1919

## Poems

Lorine Niedecker

Old Mother turns blue and from us,  
"Don't let my head drop to the earth.  
I'm blind and deaf." Death from the heart,  
a thimble in her purse.

"It's a long day since last night.  
Give me space. I need  
floors. Wash the floors, Lorine!—  
wash clothes! Weed!"